

VIII.

**Representarse á Jesús adolescente
en el templo de Jerusalén instruyendo á los
doctores, y pedirle que sea
nuestro maestro para enseñarnos
á imitarle.**

Es admirable la escena que nos deja entrever el santo Evangelio en estas sencillas palabras: *Jesús en el templo, escuchaba é interrogaba á los doctores, estando sentado en medio de ellos.* (Luc. II, 46.)

“En los días sábado, en una vasta sala próxima al atrio de los sacerdotes, los doctores de la ley explicaban é interpretaban la Escritura. Jerusalén era no solamente *la ciudad del culto público*, sino también *el gran foco de la ciencia religiosa en Israel.*”

“En el tiempo de la Pascua, la muchedumbre se agolpaba en derredor de aquellos maestros venerables. Ellos enseñaban sentados sobre unos tapetes; los jóvenes se mantenían de pie delante de ellos ó agrupados á sus pies, como Pablo á los pies de Gamaliel.

“Mas los doctores observaron, después de tres días, que era su oyente un adolescente que los escuchaba con una atención profunda, y excitaba la admiración de ellos por la prudencia de sus respuestas y la sabiduría de sus interrogaciones. Ellos le asignan un si-

tio particular, le rodean con la más alhagadora consideración y á su vez, le interrogan.” (1)

No conocemos las palabras de Jesús, pero debieron ciertamente parecerse á las que dijo más tarde á los Escribas y Fariseos, hablándoles del *Mesías*, de su *misión*, de su *reino* y preparándolos para recibirle.

Allí comenzó Jesús su apostolado.—¡Y cuán dulces, suaves, luminosas y penetrantes debieron ser las lecciones que salían de sus labios!

Puedo escuchar aun estas lecciones viniendo á mí, no de sus labios, sino de las páginas de su Evangelio, y puedo recogerlas de boca del Papa, de los obispos y de los sacerdotes.

Sobre todo, puedo *ver puestas en acción* estas lecciones, en la vida entera de Jesucristo. *El ha comenzado por hacer todo lo que se proponía enseñar.*

Su vida oculta en la casa de Nazaret es menos conocida que su vida de apóstol, pero allí,—niño y adolescente en presencia de su Padre celestial, de los

(1) La enseñanza rabínica procedía por preguntas y respuestas. Los doctores excitaban la atención de los discípulos con una pregunta, y esperaban la respuesta de los más sagaces para discutirla; después, proponían ellos mismos la solución de la dificultad. Otras veces, deseaban ser interrogados para probar su perspicacia natural y su perfecto conocimiento de la ley.—En Oriente todavía, en las sinagogas judías ó en las mezquitas musulmanes, se forma un círculo al rededor de los maestros que enseñan; se sientan sobre esteras, escuchan y preguntan por turno. El adolescente y el anciano se codean; los doctores y los discípulos están agrupados, con las piernas cruzadas sobre el tapete, y á todos se concede la palabra.

ángeles que le rodeaban, de la Santísima Virgen y de san José,—fué donde comenzó á manifestar las virtudes que más tarde debía mostrar con mayor brillo.

Allí fué donde mostró gradualmente los efectos de la gracia santificante y de las virtudes infusas que poseía en el grado más perfecto, multiplicando las obras de gracia y los actos de virtud. "Todos los días vemos invariablemente el mismo sol, elevarse en el firmamento y dar más luz y calor hasta que llegue al esplendor de su mediodía. Así lo hacía Jesús, este sol cuyo foco siempre lleno de gracia y de verdad, no desplegaba sino sucesivamente sus rayos á las miradas de Dios y de los hombres." (1)—P. CORNE.

Fué allí, donde queriendo formarme para la piedad y la santidad, á fin de no desairarme y poder darme lecciones como se da una palabra cariñosa, se dignó mostrarse niño, crecer como yo y desarrollarse como yo, El que no obstante era *la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y era lleno de gracia y de verdad como conviene al Hijo de Dios.*

No recibió el nombre de *maestro*, sino más tarde, y sin embargo, lo comprendo muy bien, ha sido en Na-

(1) El Niño Dios crecía *en gracia y sabiduría* en opinión de los hombres que no le conocían sino por lo que manifestaba al exterior; y crecía realmente en *ciencia experimental*. (Santo Tomás III^a 7.) —Crecía siempre en la manifestación más brillante de su gracia y de su sabiduría.—Crecía en gracia *delante de Dios*, enseñan santo Tomás y después de él Suárez, ejecutando actos más y más excelentes que, por contener un mérito nuevo, habrían aumentado la gracia de Jesús, si, al no ser infinita, hubiese sido susceptible de crecimiento.

zaret, y es aun en esta hora de mi vida, donde niño y adolescente, tengo necesidad de ser dirigido. Es para mí:

Un maestro *lleno de sabiduría* que pone sus lecciones al alcance de mi debilidad é inexperiencia, no pidiendo de mí más que una cosa de la cual hablaremos más adelante: *la obediencia*.

Un maestro *obsequioso* é insinuante que me atrae con su sonrisa y me cautiva con su ternura, diciéndome simplemente: *Ven conmigo, haz tus pruebas conmigo, obra como yo, no tengo mayor edad que tú.*

Un maestro *seguro é infalible* que ha sabido ganar mi confianza, y me ha persuadido sin esfuerzo que no puede engañarse, ni quiere jamás engañarme, porque me ama.

Un maestro *práctico* que no enseña sino lo que es útil, enseñándolo sólo paulatinamente, no exigiendo sino poco á la vez, y que no se fastidia jamás por causa de un olvido ni aun por causa de una negligencia.

Un maestro siempre presente, siempre accesible, siempre, por decirlo así, llevándome de la mano para guiarme, levantarme y fortalecerme.

Un maestro *á quien nada se escapa*, que conoce todas las dificultades de mi vida de niño y de adolescente, que las allana sin duda, pero dejando algunas de ellas para excitarme al trabajo y para alentar y recompensar el menor esfuerzo.

Un maestro *abnegado* que parece no ser dichoso sino con mi felicidad.

¡Oh Jesús niño, Jesús adolescente, sed, sed mi maestro!

Decidme lo que pensábais y lo que hacíais al tener la edad que yo tengo, y lo que es preciso que haga para semejarme á Vos.—Vuestra palabra, que no sólo es una luz sino también una simiente, la conservaré en mi alma, y con el auxilio de vuestra gracia, *germinará* y hará de mí, á los ojos de vuestra Madre, un niño que le recuerde lo que erais Vos mismo.

IX.

**Representarse á Jesús niño y adolescente
ofreciéndose á nosotros
como nuestro hermano y amigo.**

¡Hermano! ¡amigo! ¡cómo ensanchan el alma estas dos palabras!

¡Cómo aplicadas á Jesús niño y adolescente sobre todo, nos le muestran en toda la ternura, en toda la sensibilidad y en todo el afecto de su corazón!

¡Hermano! ¡amigo! nombres llenos de dulzura que se asemejan sin confundirse; nombres que son sinónimos por el afecto, la abnegación y la dicha que proporcionan, y por el bien que hacen.

Un *hermano* es un *amigo* que da la naturaleza:

Un *amigo* es un *hermano* dado al corazón por Dios.

Y Jesucristo quiso ser *niño* y ser *adolescente* para poder darnos ese nombre de *hermano* y de *amigo*, en aquellas épocas de la vida en que, desarrollándose todo nuestro sér, sentimos vivamente la necesidad de ser amados por alguno en quien encontremos semejanza de edad, de trabajo y de aspiraciones, y con quien estemos á gusto.

Escuchad lo que este nombre de *hermano* y de *amigo* que Jesús nos da y que nos permite darle, ha inspirado á un piadoso autor:

“¿Es posible, oh mi amable Jesús, que ós llame mi hermano? Sí, yo os daré este nombre, puesto que me lo habéis dado primero. *Id*, dijisteis, *cerca de mis hermanos*. Y en otra ocasión: *Id á decir á mis hermanos*.

Yo soy, pues, vuestro hermano, oh dulce Jesús; lo soy *por la naturaleza*, puesto que sois de mi sangre, y con excepción de la ignorancia y del pecado, os asemejáis á mí perfectamente en todo.

Lo soy por la *gracia*, puesto que queréis que vuestra Madre sea la mía, diciendo en el Calvario: *Hijo, hé ahí á tu Madre*.

Lo soy *por adopción*, puesto que queréis que vuestro Padre sea el mío, y que en el huerto de los Olivos dijisteis: *Yo subo hacia mi Padre y el vuestro*.

Lo soy también *por herencia*, puesto que me hacéis coheredero de vuestro reino.

¡Oh Salvador mío, qué inmensos son para mí vuestro amor y vuestra bondad!

“Mirad cuál ha sido la caridad de Jesucristo para nosotros; quiere que tengamos el título y la cualidad de hermanos suyos.” (1. JUAN, 3. 1.) Vos sois mi hermano, oh Jesús, y yo lo soy vuestro. Sois mi hermano, porque vuestra Madre es la mía; soy vuestro hermano, porque vuestro Padre es el mío, y porque soy vuestro coheredero.

¡Oh el más tierno de los hermanos, pues me es permitido daros este nombre tan dulce, ¡qué bello sois cuando os veo en los brazos de vuestra Madre, tendiéndome las manos para acariciarme como acaricia un pequeñuelo á su hermano mayor!

¡Qué dulce y amable sois cuando me atraéis al lado de vuestra Madre y me decís: *Ella es tu madre también!*

¡Qué poderoso y qué glorioso sois en el seno de mi Padre! ¡qué liberal y magnífico en la herencia de la cual me hacéis partícipe! porque no la dividís como lo hacen los hermanos aquí abajo, sino que nos la cedéis toda entera.

* * *

Al título de *hermano* agregáis el de *amigo*.
Tenéis la costumbre de tomar este dulce nombre: *Vosotros sois mis amigos*, decís; y además: *Yo no os llamaré ya mis servidores, sino mis amigos*.

Vos sois, pues, *mi amigo*, ¡y qué amigo! quien me concede todo, quien me prodiga todo, quien me des-

cubre todo, quien tolera, disculpa y perdona todo; *un amigo fiel*, sincero y constante, siempre el mismo en la prosperidad, en la adversidad, en la tribulación, en las enfermedades, durante la vida y á la hora de la muerte.

No hay ningún amigo con quien se os pueda comparar, Señor, porque ningún amigo podría amarme tanto como Vos.

Vos me queréis más que los santos, más que todas las criaturas y más que yo mismo; me amáis hasta obligar á los demás hombres á que me amen so pena de condenación, y vuestra amistad es tan *magnífica* que me dáis todo lo que poseéis; tan infinita y tan divina que existe desde la eternidad, y se extiende á tal grado como al que puede llegar la amistad de un Dios hacia un hombre.

* * *

Y esta amistad de Jesús es una amistad activa, afectuosa, una amistad atractiva, una amistad que quiere ser correspondida y pide que aquellos á quienes se concede, se entreguen á su vez y tiendan con todas sus potencias á no tener con El más que un sólo corazón y una sola alma.

Y para ayudarnos á conseguir esta semejanza con El, quiere hacerse:

Nuestro *guía* en los senderos por los cuales El mismo ha pasado,

Nuestro *valor* y nuestra *fuerza* en nuestras flaquezas y en nuestros abatimientos.

Vamos á ver, en Jesús niño y adolescente, realizarse estos títulos de *guía* y de *sostén*, que nos animarán para ir á El, entregarnos á El y unirnos más afectuosamente á El.

X.

**Representarse á Jesús
niño y adolescente como al amigo que quiere
servirnos de guía.**

¡Un guía!

Esta palabra nos recuerda al arcángel Rafael vieniendo á ofrecerse al joven Tobías para *acompañarle* en el camino que va á emprender, para *conducirle* al término de su viaje, para *defenderle* por el camino, y para *volverle* contento y gozoso.

Esta palabra recuerda, de una manera más particular, al *buen ángel de la guarda* á quien Dios nos ha confiado y que es, para cada uno de nosotros, lo que fué para Tobías el arcángel Rafael.

Esta palabra os designa á Vos sobre todo, oh Jesús que nos habéis dicho: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

A Vos que queréis no solamente ser nuestro *guía*, sino el *camino* por el cual lleguemos al Paraíso.

Guía por *vuestra doctrina* tan fácil de compren-

der, que contiene *todo lo que debemos hacer* y cómo debemos hacerlo, *todo lo que debemos evitar* y cómo debemos evitarlo, *todo lo que es preciso reparar en nosotros* y cómo debemos repararlo.

Guía por *vuestros ejemplos* tan fáciles de seguir cuando no se suelta vuestra mano que nos conduce, y cuando se esfuerza uno en poner los pies allí donde habéis puesto los vuestros.

Guía por *vuestros méritos* que nos sostienen en medio de nuestros desfallecimientos, y que nos dan cada día nuevas fuerzas para reforzar nuestro valor.

Guía por *el ejemplo de los demás* que, pobres como nosotros, débiles como nosotros, inexpertos como nosotros, y pecadores como nosotros, han llegado, porque os han escuchado y os han seguido, á la plenitud de la paz.

Sed, pues, nuestro *guía*, ¡oh Jesús niño, oh Jesús adolescente!

Nosotros os tendemos la mano, tomadla,

Guiadnos por la obediencia,

Guiadnos por la paciencia,

Guiadnos por la abnegación,

Guiadnos por el trabajo y

Guiadnos por el sufrimiento.

Queremos *seguiros por donde quiera que vayais.*

XI.

Representarse á Jesús niño
y adolescente como al amigo que nos da valor.

El valor es *la fuerza* que, residiendo en el corazón como en su centro, se extiende de allí, y va á comunicarse:

A nuestras manos para ayudarlas á obrar,
A nuestra voluntad para activarla y sostenerla,
A nuestra memoria y á nuestra inteligencia para
ayudarles á aplicarse, á ver, á saber y á retener.

La palabra *valor*, (en francés *courage*, y antiguamente en castellano *coraje*), (1) quiere decir *corazón que obra*. El corazón es el foco de donde sale el calor que anima, y la fuente de donde se escapa el agua que fertiliza.

Cuando un alma es valerosa, ¡oh, cuán poderosa es!

Cuando un alma es pusilánime, ¡oh, cuán cobarde y cuán débil es!

Y esa pusilanimidad que tan pronto se apodera de la juventud, que tan fácilmente nos domina y que resiste á todas las palabras humanas, Jesucristo puede hacerla desaparecer porque, El sólo, con *su palabra* y sobre todo con la *sagrada Comunión*, penetra en el co-

(1) N. DEL T.

razón, como penetró, durante su vida mortal, en el templo de Jerusalén para arrojar de él á los que lo profanaban.

* * *

Id pues, niños, id á Jesucristo con sencillez, con confianza y con resignación.

Decidle, como diríais á un amigo bueno, generoso, afable y compasivo:

—¡Oh, Jesús, he cometido una falta, yo os había prometido no más ofenderos;

He sido ruin, caprichoso, indócil, sensual.
No puedo corregirme!

Y Jesús os dirá:

—No digas que no puedes corregirte, pobre niño; tú has sido ruin, indócil, sensual. Es verdad; pero sientes el arrepentimiento de tu culpa; ve, reanuda tu trabajo, procura reparar tu ligereza y tu olvido, yo estaré cerca de tí para acudir en tu ayuda, y la confesión que hagas en breve, devolverá á tu alma la tranquilidad.

* * *

—¡Oh Jesús, he sido amonestado, reprendido. . . .
y héme aquí, delante de Vos, profundamente humillado!

—¡Niño, niño! Es tan poco dura tu humillación y puedes hacerla olvidar tan fácilmente.

Reanuda tu trabajo, vuelve á ser dócil, obediente y bueno con todos, y verás como la sonrisa de los que te rodean, te hace comprender que te aman siempre.

--Oh Jesús, no puedo acertar en mi trabajo, me apliqué á él, creí *bueno* lo que hice, y héme aquí todavía y siempre en la última clase.

—¡Vamos, vamos, pobre descorazonado! un esfuerzo más, algunos días aun de aplicación, y yo te prometo mi socorro y mi ayuda.....

Sí, niños, acostumbraos á ir hacia Jesús y sentiréis que vuelve á vosotros la fuerza que os abandonaba.

XII.

La Santa Comunión piadosa y frecuentemente recibida. (1)

Entre los medios indicados para ayudaros á la imitación de Jesús adolescente, hé aquí el medio por excelencia, para vosotros que habéis llegado á la edad en que se os permite *la sagrada Comunión*.

(1) Un volumen, publicado hace algunos años, bajo este título: *el Libro de los Niños que se preparan para la primera Comunión*, será muy útil para *la formación de la vida sobrenatural* en el alma de los niños demasiado tiernos aun para comulgar.

Este libro les hablará de Jesús que desea venir á habitar en su alma, como de un padre que, lejos de su hijo, quiere venir á vivir con él.—Les dirá como se debe *asear* desde luego, en seguida *adornar*, y después *guardar y cuidar* el aposento en que este padre amado ha de permanecer cerca de ellos y con ellos: este aposento es su *alma*.

La sagrada Comunión, durante los pocos instantes que permanece corporalmente en vosotros, es Jesucristo *viviendo* en vuestra alma como vivía en la casa de Nazaret.

Es Jesucristo *atrayendo sobre vosotros que le poseéis las miradas afectuosas de su Padre* como las atraía sobre la casa de Nazaret.

Es Jesucristo *orando en vosotros* como oraba en la casa de Nazaret.

Es Jesucristo *irradiando la piedad, la obediencia, la pureza y la dulzura*, como irradiaba estas virtudes en torno suyo en la casa de Nazaret.—Maria y José las sentían penetrar en todo su sér, y á su vez, las reflejaban sobre todos aquellos que se les acercaban.—Vosotros también, jóvenes comulgantes, seréis penetrados de estas virtudes y, aun sin daros cuenta de ello, las comunicaréis alrededor de vosotros.

Para llegar á ser otros Jesucristos, es preciso sobre todo comulgar.

Pero la sagrada Comunión debe hacerse:

1º *Piadosamente.*

1. Es decir, con *un alma pura*, un alma sin faltas voluntarias y sobre todo sin afecto voluntario hacia ninguna falta, por ligera que sea.

Un alma pura es un alma que tiene algo de la *limpidez del espejo*, refleja en sí á Jesucristo enteramente, y puede decir: Yo lo veo en mí, veo su cuer-

po, veo su alma y aun veo en cierto modo su divinidad; veo sus virtudes y veo su amor; comprendo sus pensamientos y sus deseos.

Un alma pura tiene algo de la *delicadeza y de la impresionabilidad de la cera suavemente calentada*; recibe, de una manera inefable, pero real, la impresión del cuerpo, del alma y de la divinidad de Jesucristo y la conserva hasta que el pecado la haga desaparecer.

Un alma pura tiene algo de la *transparencia del cristal*, y deja en cierto modo pasar á través de su cuerpo, la luz y calor divinos que están en ella.

2. *Piadosamente*, es decir, con un alma preparada *por un sacrificio*, por pequeño que sea.

Toda alma es un templo preparado en la tierra para ser la morada de Dios.

Todo templo tiene un *altar*, y todo altar supone un *sacrificio*.

Esta palabra tiene, á primera vista, algo de austero, pero no os asuste, ¡oh niños!

Un sacrificio espanta de lejos; de cerca, nada hay más atractivo. ¡Oh! cómo aumenta, aun en su propia estimación, el que se priva de alguna cosa por amor de Dios, cuando ha procurado, á expensas de un goce permitido, la gloria del mismo Dios y una gracia de conversión ó de preservación para aquellos á quienes ama!

Y además, ¡cómo da Dios la medida de lo que manda, según vuestra edad y vuestras fuerzas!

Dejad, dejad á vuestro amor hacia Dios el cuida-

do de buscar lo que podáis ofrecer á Jesucristo, cuando venga á vuestra alma; someted vuestros deseos al sacerdote que os dirige y vivid en paz.

*
* *
*

La Santa Comunión debe hacerse:

2º.—*Frecuentemente*.

Es decir, *tan á menudo*, como lo permita el sacerdote que os dirige.

Sois *vosotros* quienes estáis encargados directamente de la *pureza de vuestras almas*; vosotros quienes debéis *orar, velar y aplicaros* á cumplir vuestros deberes; purificaros con actos de contrición y con sinceras confesiones; vosotros quienes debéis prepararos para la sagrada Comunión con actos de deseo, de amor, y con interponer recursos frecuentes y piadosos ante la Santísima Virgen.

Vuestro confesor es quien está encargado de determinar el número de vuestras comuniones; á él solo corresponde juzgar de vuestras disposiciones, y á él solo el derecho de decirnos: *Comulgad*.

Pero estad seguros de ello, la sagrada Comunión os será generosamente concedida, si la pedís con el deseo de uniros más íntimamente con Jesucristo, de dejar penetrar más profundamente en vosotros las virtudes de Jesucristo y de procurar más constantemente obrar con Jesucristo y como Jesucristo.

XIII.

**Orar y amar á los santos
que han vivido con Jesús niño y adolescente,
á fin de aprender por medio de ellos
á imitarle.**

El último medio,—y después de la sagrada Comunión, el más eficaz de los medios para estudiar con fruto la vida de Jesucristo, y llegar á reproducirla en nosotros,—es *la oración* dirigida á esas criaturas privilegiadas que han vivido con El, que le han visto de cerca, que le han amado ardientemente, y á quienes se ha comunicado de una manera más íntima.

¡Oh María! vos, su madre á quien tanto amó, y que tan tiernamente le habéis amado.—¡Oh san José! que le habéis visto con un profundo sentimiento de respeto, de admiración y de reconocimiento, crecer á vuestros ojos en sabiduría y en edad. ¡Oh santos Angeles! á quienes Dios Padre había confiado á aquel Hijo, objeto de sus complacencias, ayudadnos á conocer á Jesús, ayudadnos á amar á Jesús, ayudadnos á llegar á ser semejantes á Jesús.

I.—LA SANTÍSIMA VIRGEN, MADRE DE JESUCRISTO.

La primera santa que vivió con Jesús, es la Santísima Virgen María, su buena y querida Madre,

María es la primera que le llevó en sus brazos y recibió su primera caricia.

María vió su primera sonrisa.

Ella escuchó su primera oración.

Ella fué testigo de sus primeras lágrimas.

Ella le vió en el trabajo, en el descanso y por donde quiera.

Ella le contempló, le admiró y le estudió.

Sí, ella conoce á Jesús, se siente dichosa con darle á conocer á los que le piden esta gracia, y feliz sobre todo cuando ve niños que procuran imitarle.

Y si váis á exponerle este deseo que existe en en vuestro corazón, ¡oh, cómo os acogerá con alegría y con amor, y cómo os mostrará lo que debéis hacer para semejaros á su divino Hijo!

Id, pues, algunas veces al pie del altar de la Santísima Virgen, y recitando el rosario, ved con el pensamiento á María contemplando á Jesús en oración, á Jesús en el trabajo y á Jesús en el descanso, y decidle:

María, dadme un poco de su piedad, un poco de su amabilidad, un poco de su asiduidad para el trabajo, un poco de su obediencia y un poco de su pureza.

II.—SAN JOSÉ, PADRE ESTIMATIVO DEL NIÑO JESÚS.

San José vivió también muchos años con Jesús niño.

Era él quien proveía á su subsistencia y á su bienestar material; él quien ganaba el pan que aquel divino niño tomaba cada día,

Era él quien le cuidaba en unión de la Santísima Virgen; él quien, para defenderle, habría afrontado mil muertes; él quien, para impedir que sufriese, se habría resignado al más duro de los sufrimientos.

San José vió crecer á Jesús, admiró cómo crecía en sabiduría y en edad, cómo sabía obedecer, aplicarse al trabajo, procurar ser útil y agradar á todos.

Aprendió de El los secretos de la santidad.

¡Oh san José! enseñadme esos secretos que os reveló la conducta de Jesús. Son muy sencillos: *orar, trabajar, sufrir, obedecer y sacrificarse.*

Ayudadme á tener siempre ante los ojos, las acciones de Jesús.

¡Oh, vos, que debisteis amar tanto á los que amaban á vuestro Jesús, yo quiero amarle; aumentad siempre en mí este deseo!

III.—LOS ÁNGELES CUSTODIOS DEL NIÑO JESÚS.

Jesús niño tenía á su derredor *Angeles* á quienes Dios le había confiado.

¡Oh, qué gozo sería para ellos servir á Jesús!

¡Qué encanto el de admirar á Jesús!

¡Qué dicha la de estar siempre con Jesús!

Había horas de descanso forzoso para la Santísima Virgen y para san José, las horas del sueño, por ejemplo: sin duda que su corazón velaba pensando continuamente en su hijo muy amado, pero sus manos no habrían podido defenderle si un accidente ma-

terial hubiese amenazado á Jesús; dichosos Angeles, vosotros erais quienes permaneciais allí cerca de El, celosos, abnegados y llenos de calma y santa solitud!

Fueron los Angeles de Jesús quienes prepararon el pesebre donde debía reposar y quienes alejaron del establo de Belén todo lo que hubiera podido ofenderle.

Ellos fueron quienes llamaron á los pastores.

Ellos quienes sembraban de flores el camino penoso por el cual iba á Egipto la santa familia.

Dichosos Angeles, á quienes María y José envidiaban la vigilancia y el amor, ¿dónde estáis á esta hora?

¿Estáis al rededor del tabernáculo para continuar vuestras adoraciones y vuestros respetos á Jesús escondido bajo las apariencias de la sagrada hostia?

¿Os habéis transformado en custodios de las almas que tienen una devoción especial á la infancia de Jesús?

¡Oh! venid, venid cerca de estos niños que quieren imitar á Jesús. Enseñadles lo que hacía Jesús durante su trabajo, durante sus recreaciones, y durante cada una de las acciones que ejecutaba en el día.

Inspiradles sus pensamientos, sus intenciones, sus afectos y su amor al sacrificio, á fin de que piensen como El, obren como El y se sacrifiquen como El.

